



MARCA REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60. Apartado 547.—Teléfono 1843.
Telégrafo LIBROJA. Horas de oficina: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
CARLOS MIRANDA
Sanos consejos.
EL DOCTOR BOMBARDA
Los pieles-rojas.
R. LOPEZ MONTENEGRO
¡¡Ya se fué!!
ANGEL G. ARBEO
Arcano.
FERNANDO AMADO
Amor y crítica.
DEMETRIO
Carta abierta.
JERÓNIMO GÓMEZ
Causas y efectos.
CLEMENTE DE CASTRO
La consigns.
LUIS ESTESO
...Y vamos tirando.
DEMETRIO
y TONTOLIN
Varios dibujos y retratos de
Rosita Falagán y Colomba.

ROSITA FALAGAN

Gentil bailarina que actuó con éxito definitivo
en el Teatro Romea.



5 cénts.



No nos podemos quejar de la temperatura que hemos estado disfrutando. Es este un otoño verdaderamente suculento, de cielo diáfano, sol espléndido y ambiente tibio. A mí me encantan los otoños tibios, porque están más suaves que los secos y porque á poco esfuerzo, se pone uno tibio como el ambiente. La primavera viste los troncos y el otoño los desnuda; es cierto, ¿pero hay nada más atrayente que un tronco desnudo? Na-

turalmente que no me refiero á un tronco de caballos, ni á un tronco de acacia, ni al tronco de uno de esos salvajes luchadores, por más que habrá muchas señoras á quienes les gustaría tanto como á mí los suyos.

Como dicen los escritores coloristas, la luz es alegría, es movimiento y es vida; y como hasta ahora nos hallábamos en plena borrachera de luz resulta que estábamos contentísimos y nos movíamos una barbaridad. Y no es para menos, porque la bonanza del tiempo ha echado esta temporada á los paseos una serie de mujeres mucho más apetitosas que una ración de pechugas de ángeles.

¡Se veía por ahí cada pechugal, digo, cada hembra, que era cosa de sufrir un ataque congestivo á cada cuatro pasos, y luego no sé si será por lo del sol, ó por lo del ambiente de que antes hablábamos, pero es lo cierto que estaban sumamente truculentas. ¡Palabra!

Vamos, tanto como pé *Labra* no, porque el hombre, con sus setenta inviernos es fácil que no esté para tales trotes, pero... *pá mí*, no tengan ustedes ni la menor duda que estén, pero que muy apetecibles: tiernecitas jamonas, rubias, morenas..., de todas las edades y de todos los matices con unas caras y unos cuerpos de esos de «matices todo lo que quieras.»

Por supuesto, que para caras y para cuerpos, la enormidad que había el domingo en la Plaza de Toros para ver cómo se retiraba *Bombita*, lo cual que les contrarió mucho, porque no hay cosa que más contrarie á una mujer, que ver á un hombre retirarse cuando está en el pleno goce de sus facultades. Es como quedarse con la miel en los labios.

Había que ver cómo estaban las barreras y los palcos y, sobre todo

ANUNCIOS ILUSTRADOS



Oficista de labores á mano, buen gusto y economía
(si no hay buen gusto, no se paga).

Biblioteca Regional de Madrid

las delanteras, ¡qué delanteras! ¡Y qué pantorrillas se veían al subir las escaleras! Infinitamente más sugestivas que las que nos dibuja Demetrio, especialista en piernas, porque si bien es cierto que nos ponen la vista incandescente las que pinta Demetrio, aquellas nos la ponían *de metrio y medio*, que ya es una cosa regular, aunque nos esté mal el decirlo.

Y volvamos al ruedo, metafóricamente hablando, se entiende, aunque con aquellas preciosidades, no al ruedo, aunque fuese á la estera, volveríamos sin vacilación de ningún género. Hay ocasiones en que lo de menos es el sitio.

Si alguna vez he sentido envidia, fué aquella tarde al observar cómo se entusiasmeaban aplaudiendo al célebre ex lidiador. Muchas, le tiraron el ramo de flores con que la galante Asociación de Toreros les obsequió á la entrada y otros se lo hubieran tirado de buena gana, si *Bombita* se hubiese puesto al alcance de su envite. Si á la mayoría de ellas se les hubiese preguntado, estén ustedes seguros que hubiesen respondido con enérgico acento: «¡Que no se la corte! ¡Es demasiado joven para eso!»

Pero la decisión está ya tomada con el carácter de irrevocable. El, lo sentirá muchísimo, pero el hecho indiscutible es que se la han cortado ya.

Y lo que son los contrastes de la vida, días antes de que se la cortasen á *Bombita* en Madrid, se la levantaban á Romanones en Guadañajara. Ya habrán ustedes comprendido que me refiero á la estatua erigida por subscripción pública al traviés político y, hasta hoy al menos, ilustre presidente del Consejo.

Pero el Conde, que se da cuenta exacta de la realidad de la vida, pues no en balde ha rebasado ya los cincuenta, no quiere correr el riesgo del ridículo, y ha dicho á sus admiradores que permitía lo de la erección, pero con el compromiso de que se la bajasen en seguida y la pusieran á buen recaudo, porque expuesta á la intemperie podría ser víctima de las pasiones políticas y amanecer el mejor día con horribles mutilaciones.

Y tiene muchísima razón el Conde. Una cosa es que política, y hasta moralmente, le quiten la cabeza a uno, pero no debe dar mucho gusto que digamos el que se la machaquen con dos piedras, aunque no sea más que en efígie. A poco que se *efigie* la supuesta víctima le entrarán unos dolores terribles, como si en efecto se la estuviesen machucando.

Eso es pensar con cordura. Todo menos que, efecto de una ardorosa agitación de la masa pública llegue un momento en que se la dejen hecha unos zorros, que es lo que suele ocurrir cuando viene un desbordamiento pasional.

Por eso es más de lamentar lo de la coleta de *Bombita*, quien ha tenido el valor cívico de cortársela á cercén cuando aún podía deleitar con ella á muchas de las entusiastas admiradoras que el domingo



—¡Ayl mucho me gusta vivir así, llena de comodidades, gastándome un dineral en el plato, pero á pesar de eso no me olvido de aquellos tiempos en que me conformaba con un nablo para todo el día con su noche.

le ovacionaron con frenético entusiasmo, tanto más cuando estaban viendo por sus propios ojos que, aunque se retiraba, era por capricho, porque dió sobradas pruebas de que tiene poder para arrimarse una barbaridad.

Aunque bien mixado, la lección del célebre torero debe de servir de enseñanza á no pocos.

Más vale retirarse por propia voluntad, que no que le retiren á uno por inútil.

Y siempre es más gallardo marcharse con la cabeza erguida, que correr el riesgo de que se la destrocen con dos piedras. ¡Y además no lo sienta!

Un pequeño REPORTER

Sanos consejos

A UNA VIEJA VERDE Y RICA

Con más de cincuenta otoños que tiene usted, deña Andrea, ¿cómo persiste en su idea de ponerse tantos moños?

Si sus postreros retoños son ya soldados de cuota, luzca usted su calvorota—



—Decididamente, algunos hombres son muy exigentes; en esta postura he estado hora y media delante de mi modisto rogándole que me rebaje la cuenta de la falda, y él empeñado en que todavía la tengo demasiado baja.

como hago yo con mis canas — y no sienta ya más ganas de presumir de «cocota».

No ejerza la profesión de mujer vida «aireada» poniéndose, «oxigenada», de pechos en el balcón.

Mire que es una irrisión mostrar sus falsos hechizos; porque yo sé que sus rizos se los vendió la Cristeta, como sé que su «completa» dentadura... es de postizos.

Si fuese usted una polla, bien estaría— en verdad — todo ello.

Pero, á su edad, ¿para qué se emperifolla; ni se trae esa bambolla de puntillas y de encajes, de zapatos y de trajes, de som-

breros y de alhajas; ni pretende echar á pajas los favores de sus pajes?

Puesto que quiso la suerte darle una vida tan larga, mire que el diablo las carga; que su ancianidad se advierte; que ya la acecha la muerte; que ya el sepulcro, más frío que su corazón vacío, la aguarda con impaciencia; y, en fin, que es ya su existencia de padre y muy señor mío...

Permita que las doncellas — de servicio y de labor — comercien con el amor, pues son jóvenes y bellas.

Para competir con ellas, no está usted ya en condiciones.

Deje, pues, á los varones ir en paz por su camino; y, en sopitas y buen vino, gástense usted sus millones.

Ya que es usted vieja (verde), cotorrón, fea y rica, deje que una «pobre chica» gane lo que usted se pierde.

No crea que el cebo muerde ya nadie, al ver sus encantos...

Y dedíquese á los santos, consagrandoles sus «contos de reis»; porque si habrá tontos en Madrid... ¡pero no tantos!

Carlos MIRANDA



Cómo se estiran las medias las casadas honestas. (En el próximo número la misma operación por una casadita revoltosa).

Los pieles-rojas Los periódicos alemanes han confirmado la sensacional noticia de que catorce señoritas de lo más distinguida de la alta sociedad de Berlín, tiempo atrás desaparecieron de sus domicilios, averiguándose que se habían fugado detrás de la *troupe* de pieles-rojas que estuvo actuando en un circo de la capital de la Alemania hasta la noche antes de la desaparición.

Aquellos salvajes de color de chocolate salían á hacer sus ejercicios, casi al natural. Un trapito atrás y otro delante y san se acabó, y como les apurasen algo, ni el trapito siquiera. Por algo eran salvajes.

El éxito de este realismo exhibitorio, singularmente entre el elemento femenino fué tal, que todos los días había verdaderos conflictos en la taquilla. Todas querían ver á los pieles-rojas, y algo más que verlos, tocarlos, palparlos, convencerse, en fin, de que eran de carne y hueso. Los indios, ante este triunfo entre las damas de Berlín, se hallaban en *berlina* constantemente, ó lo que es lo mismo, que estaban excitadísimos á toda hora, y claro, tal estado les quitaba energías, comenzando á adelgazar visiblemente y á perder color, al punto de que más que pieles rojas, iban pareciendo pieles nevadas, lo que observado por el jefe de la tribu, decidió terminar el contrato y salir más que á escape con sus salvajes, temeroso de que dejasen allí la pelleja.

Al enterarse el elemento femenino más chic, se alborotó, protestó, lloró y suplicó pero todo fué inútil. Al ver que, decididamente, se marchaban, catorce de las más exaltadas tomaron el tren en que se iban á otra población los indios dispuestas á correr la misma suerte que ellos; pero la policía les amargó la existencia deteniéndolas y haciendo que volvieran á Berlín entregándolas á sus respectivas familias.

Las pobrecitas protestando con gran desconsuelo, dijeron que estaban loquitas perdidas por los pieles rojas y que les encantaba todo lo suyo, por lo que habían

decidido ser sus mujeres para vivir en los bosques vírgenes, igual que ellos con un trapito por detrás y otro trapito por delante, si bien en plena Naturaleza no hacía falta ni siquiera esta sencilla *toilette*.

Por fin, se les ha convencido de que desistan de sus propósitos con la promesa de que pronto se establecerá en Berlín «el

COMO SE INSINUAN CON LOS TIMIDOS



—¿Me deja usted sentarme aquí?

sport de lo salvaje», haciéndose moda el que los hombres elegantes luzcan la misma indumentaria que los famosos indios de Norte América, con lo cual ellas podrán declararse á su vez completamente indias bravas.

¡Si que va á ser una modita la mar de suculenta y atrayente en lo que á las mujeres, naturalmente, se refiere!

Yo que estoy escalofriándome de gusto al pensar que nos traerán pronto á España.

¡Ver á tanta *socia* hermosota, como por aquí, gracias á Dios tenemos, andar por esas calles en traje de india... primitiva... ¡India de mis ojos! ¡El despiorren!

Porque el elemento principal, desde luego, existe en abundancia. Quiero decir, que, como haber, hay muchas pieles. Lo único que hace falta es que nos las pongan rojas.

Y si la moda viene, ya verán ustedes cómo sí nos las ponen; no ya rojas, sino completamente incandescentes.

El doctor BOMBARDA

¡BUEN ANDARIN!



—Señorita: usted me haría recordar los tiempos en que me decían las mujeres ¿pero no te cansas, ladrón?

Leed en EL LIBRO POPULAR Los dos cenicientos

novela completa por
JOSÉ FERRÁNDIZ

20 céntimos

Francisco Gómez Hidalgo



Por una vez hemos de ocuparnos de nosotros.

Paco Gómez Hidalgo se nos va.

Las pícaras necesidades de la vida á ello le obligan, pero nuestro disgusto tiene un lenitivo porque al separarse de nosotros lo hace como el hijo que se casa por su gusto y por su conveniencia.

Hondos afectos y bien arraigadas simpatías harán que siempre, mientras viva LA HOJA DE PARRA, esta alegre y vivaracha revista, consideremos á Paco Gómez Hidalgo nuestro camarada inolvidable y como uno de los más esforzados adalides de la juventud y del buen humor.

Venturas sin cuento y éxitos resonantes deseamos á Hidalgo en su nueva empresa periodística *Hoy*, y estamos bien seguros de que unas y otros coronarán su labor como premio á sus esfuerzos á su tardo.

Antonio de Lezama, que con él fundó LA HOJA DE PARRA y *El Libro Popular*, ocupará en una y otra publicación el puesto que deja vacante nuestro querido camarada.

¡¡YA SE FUÉ!!

¡Ea! Ya estarán contentos los «buenos aficionados» que le habían hecho imposible la vida torera al gran Ricardo Torres, al inmenso *Bombita*. Cuando esta Hoja caiga de la PARRA al soplo de la brisa otoñal, la gloriosa coleta del «niño de Tomares», aquella mecha de cabellos rubios que era como el penacho de un guerrero invencible, habrá caído también al filo de una prosaica tijera. *¡Sic transit gloria mundi!*

¿Era esto lo que querían esos *intelligentes* y *desapasionados* que le chillaban en la plaza por activa, por pasiva y por participio? Pues ya están complacidos; ya se fué.

Y, ahora, vamos á ver: ¿qué han conseguido con su actitud intemperante? ¡Casi nada! Jorobarse ellos y hacerle un enorme servicio á *Bombita*; condenarse eternamente á *espantás*, *pegoletes*, *pases* «de triachera» y heroicidades con becerros de azúcar y procurarle á Ricardo una vida tranquila, más regalona, más cómoda y más gloriosa que la de antes. ¡Serán brutos los pobrecitos! ¡Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen! Ni lo que se dicen.

Si hubieran sido justos con *Bombita* (en la apariencia, naturalmente), *Bombita* hubiese toreado ocho ó diez años más, y es muy probable que un buey de esos que la repajolera suerte le ha reservado hasta el último instante le hubiera despanzurrado un día «definitivamente» y «sin apelación».

Lejos de eso, le dan pie para que se retire, y él lo ha hecho con una solemnidad sin precedentes y elevando sus prestigios á una altura infinita.

¡Serán brutos!...
¡Con lo fácil que es hacer daño!

..

Y no tengo más que decir.

Yo siento mucho haberte defraudado, lectorcita simpática. Tú tenías derecho á exigir en esta plana un cuento verde, ó, por lo menos, la narración de alguna aventura amorosa de *Bombita*. Pero, ya lo ves, estoy desentonado y me salgo del credo

del periódico. Hasta las piernas de esa caricatura que te sirvo son indignas de figurar junto á las que te ofrece *Demetrio*.

Perdóname. Todos los días no se va un torerazo tan grande.

Ramón LOPEZ MONTENEGRO



Arcano En el gabinete, sumido en poética semiobscuridad, yace la condesa muellemente recostada en un sillón, con los cabellos en desorden, y frente á ella, Carlos contemplándola con arrobamiento y sonriendo como el avaro á la vista del tesoro que guarda para su solo recreo.

La condesa, inmóvil, fija la mirada en el cielo de la habitación, no parece expresar en su actitud amor ó cansancio, deseo ó hastío. Sólo se observa en ella una indiferencia absoluta que se compadece poco con su situación.

—Te equivocas —murmura como reanudando un diálogo interrumpido—, no se ha operado en mí variación alguna.

—Y, sin embargo, tus caricias, antes tan apasionadas, se han convertido en frías, y casi casi ceremoniosas. Tú me amabas...

—No, nunca, nunca te he querido.

—Eso no puedes decirlo al que ha sido tu dueño.

—Repito que te equivocas. Por lo mismo que tú nunca me has amado...

—¡Oh, siempre!

—No me interrumpas. Por lo mismo que

tú nunca me has amado, ni me amas, puedo y debo hablarte con toda sinceridad. No te he querido, no te quiero, ni te querré, ¿sabes? porque yo no puedo querer á nadie.

—Di que quieres matar nuestras relaciones porque tienes miedo.

—Si yo fuera cobarde no habrías traspuerto el dintel de esa puerta.

—Has querido, entonces, dar satisfacción á un capricho femenino.

—Reconozco en ti prendas y cualidades bastantes para enamorar á una mujer. Respecto á mí, te lo aseguro; no has tocado todavía, ni tocarás ya, la cuerda sensible de mi alma.

—Eres un enigma. ¿Puedes explicarte?

—Te lo diré, aunque padezca tu amor propio. Me has servido como instrumento de venganza. Esto es todo. Podía haber utilizado la galantería de cualquiera de esos mil necios que me asedian sin cesar; pero te preferí, no ciertamente porque tu mérito te coloque sobre el nivel de todos ellos, sino porque tu discreción, natural ó estudiada, tu especial situación y, en una palabra, tu entrañable amistad con mi esposo (que no me explico cómo te has atre-



(Suspirando).—¡Ay... qué bruto!...

vido á violar), me aseguraban de tu reserva.

—Confieso que cada vez lo entiendo menos.

—Antes de casarme amaba al conde con el primero, con el único, con el verdadero amor. ¿Era correspondida? No puedo asegurarlo; él lo fingía así. Una noche (tú estabas presente) me sacudió una impertinencia que hirió mi dignidad. Las heridas del alma, si se cicatrizan, vuelven á renovarse á la más leve impresión. ¿Debí romper con él? Me pareció mejor encadenarle más y verle humillado. ¿Qué ardid no emplea una mujer para conseguirlo? Al fin nos casamos. Lo confieso: durante los primeros días, viéndome entre sus brazos, en posesión de una cicha que yo había soñado, casi le perdoné, casi olvidé su injuria. Después, ¡ay! postergada, preterida, abandonada, sin poder lograr una de esas caricias que, con tanta prodigalidad, regala á las beldades mercenarias que le roban á su hogar, he sentido estremecimientos de ira, he llorado lágrimas de despecho que han hecho fructificar en mi corazón la semilla de la venganza. Tenía en su casa una mujer honrada y pura ¿Se consideraba, acaso, indigno de ella? Pues ya puede volver: ¡tiene la mujer que merece!

—Todo eso no es más que una fábula que ha forjado tu exaltada imaginación, no sé con qué objeto.

—Tómalo como quieras. Estoy satisfecha. Sin él sospecharlo siquiera, le he impuesto el correctivo que merecía. ¡Si no hay ley más justa que la de las represalias! Es mi venganza tanto más sabrosa y tanto más colmada, cuanto que tú, su mejor amigo,

has sido el encargado de ayudar mis planes. Tú, que has asesinado su honra. Yo no he hecho más que sacrificar la mía.

—Bien, pero yo no puedo, yo no quiero admitir esa separación.

—Pues tendrás que conformarte. Cumplido el fin que me propuse, ¿para qué te necesito ya? También pudiera suceder que se descubriese mi falta. No quiero que él lo sepa ¡no! ¡no!... Porque... ¡si apenas me doy cuenta de lo que pasa dentro de mí!... Le odio y siento que adivinen su deshonra, porque no podría ver que su nombre era el escarnio y ludibrio de las gentes; le amo... así, á mi modo, y siento un placer satánico al verme sin honor, sin el mío y sin el que él me entregó en depósito.

—¿Y deseas que terminemos?... ¡Jamás!

—¿Con qué derecho pretenderás obligarme?

—Con el que tú misma me concediste al entregarte á mí. Eres mía. Al borde del abismo puede uno detenerse; ya en la pendiente tiene que precipitarse hasta el fondo.

—Eso es cosa de mi exclusiva incumbencia. Acabemos. Te di lo que quise derte. Debes estar satisfecho. Hoy recobro mi libertad. ¡Sal!

—Piensa que no estoy dispuesto á perderte; piensa que puedo vengarme á mi vez...

—No me espanta el escándalo, que tú serás el primero en evitar. Si mi marido se entera, verá en mí una mujer perjura: en tí un amigo falso. ¿Cuál es más vil de los dos?

—¡Julia!...

—¡Carlos!...

—Tiembra, porque te amo y...

—No te temo, porque... ¡te desprecio!

Angel G. ARBEO



Colomba

Simpatiquísima canzonetista que después de una brillante tournée por provincias pronto reaparecerá en Madrid.

Amor y crítica En la edad en que la fantasía juvenil sueña con amores de esos que el articulista expone adornados con un sin fin de retóricas obligadas que hacen parecer más bello al asunto, me hallaba yo, cuando hizo su aparición en las tablas



La nena.—¿Ves como sí era capaz de subir al árbol? ¿lo estas viendo?

El niño—Sí que lo estoy viendo, sí.

de Apolo aquella segunda tiple de mis ensueños. Era la noche del debut de la compañía. Y formaba parte de esa piña de «escandalosos» que no hacen sino desprestigiar actores, romper honras, algunas por cierto muy averiadas. Hablábamos de los actores: Fulano, pasable; Mengano, muy animal y Zutano, insoportable; sólo había uno que admirásemos, y ese uno luego resultaba un *besugo* que la crítica se complacía en desmenuzar. Tota': ce o. En cuanto á tiples, la Juanita (nosotros en seguida tomábamos sobre ellas gran familiaridad) estaba dotada de formas muy incitantes, como *gran* argumento, *considerábamos* indispensable para el canto. En cambio, la Rosario, era una mujer pequeña, muy cuca, y con un rostro muy avi-

nagrado, pero poseía una voz de tiple muy extensa y rica en modulaciones que algunas veces nos había hecho olvidar sus cualidades físicas. La Rosa era ya otra cosa, como decía un poeta novel que sólo aconsonantaba en prosa; pues aparte de poseer una voz de segunda tiple bastante aceptable, se hallaba dotada de esas cualidades físicas que, como decía el mismo poeta inédito, poseen las mujeres hermosas. En conjunto, la compañía nos pareció á nosotros un *camelo* que no merecía las pesetas que habíamos tenido el arrojito de gastar. Dió término á las discusiones el timbre llamando á los espectadores á fin de que ocuparan sus sitios...

—¡Malol! ¡Qué malo, chicos!— decía uno de nosotros, levantando la voz para que los de al lado se fijaran en él y en su talento crítico...

■

Quando por la noche, muy arropado en la cama, pensaba en aquella mujer, mil y

PROBANDO EL VESTIDO



El marido.—¡Qué pelma eres para vestir; rara vez te viene bien un traje!

Ella.—Para eso eres tú mucho más pelma; pero nunca te viene bien.

mil pensamientos venían á mi mente. Y me tapaba el rostro con las sábanas para conciliar el sueño y de *peso* soñar con la deidad atormentadora de mis noches. Sí; es preciso verla, hablarla, decirla y prometerla, monologuesba yo, parodiando á mi amigo el poeta. Y, de improviso, una idea se entró fugaz por mi mente atenaceándola de un modo horrible. ¡Si yo lograra escribir una zarzuela! Pero ella ¿la admitiría? Y ¿por qué no, si estaba bien escrita? Dormí soñando en esto; y teniendo impresa en mi retina la figura de ella, forjé el asunto de mi obra, dándole vida y albergándolo en el cerebro para luego, y ante las cuartillas, coger la pluma y estampar en prosa fluída unos amores, cuyos protagonistas me sabía de memoria...

⦿

—¿La señora Rosa D... está visible?
—Adelante.

Quedé cortado, la tenía enfrente; bajo el peñador que su cuerpo cubría, dejaba adivinar las perfecciones de un cuerpo con el que había soñado yo.

—La verdad, he osado presentarme ante usted para un asunto del cual depende mi gloria... ¡tal vez la suya!

Ella, más sorprendida entonces, me miraba fijamente.

—¿Y deseaba usted?...

—Que examinara esa *obra* —contestéle rápidamente como quitándome un peso de

encima, y sacando del bolsillo interior del gabán aquel *maremagnum* de cuartillas.

Con una hechicera sonrisa que ¡ay! alegró mi alma, hasta entonces en continua zozobra, me dijo:

—¿Y usted me cree con suficiente capacidad para comprender todo el alcance artístico de su obra?

¡Calculen ustedes cuál sería mi respuesta!

—Perfectamente —dijo Rosa—; si no tiene usted ningún inconveniente, me podrá leer la obra; con muy poco que pueda apreciar de valor artístico, interpondré mi influencia para con la Empresa á fin de que se represente.

—Y...

—Venga mañana á mi casa, calle de... número...

—¿Antes de ir al trabajo ó luego?

—Luego...

⦿

...La indiscreta aurora apareció en el firmamento, enviándonos después los primeros rayos del sol de la mañana.

Rosa bostezó desperezándose con un mohín encantador y ciñendo sus desnudos brazos al cuello exclamó:

—¡Qué cosa más bonita!

No pude menos de contestarla con una sonrisa irónica:

—¿Cuál de las dos?

Fernando AMADO



¡Qué dormidal!...

Carta abierta

Querido Robledano: tu carta y el pantorrillaje demostrativo que la acompaña (sobre todo el pantorrillaje) me dejaron corrido, por el momento. Después, he reaccionado, por esencia, presencia y potencia y heme aquí dispuesto á contestarte hasta en verso, como si se tratase de la Biblia; pero lo haré en prosa porque con los consonantes que le encuentro á «Robledano» ibas á salir perjudicado.

Y bien; en tu opinión, las extremidades femeninas, desde su nacimiento, si se sube zapato arriba, (que sí se sube) son unas respetables morcillas, embutidas en intestinos, más ó menos transparentes, que en el mundo llamamos medias. ¿No es esto?

Pues no me lo explico y sí me lo explico. Me explicaré.

No entiendo por qué tu medio kilo de personilla desmedrada, de raquitismo ingénito (esta frase se la he plagiado á Gómez de la Serna); no entiendo, digo, por qué tú, tan minúsculo y deforme, pones peros (cuidado con la o, cajista) y reparos á cosas tan excelsas como las piernas de la señorita A. G., por ejemplo.

Y sí entiendo que no creas, ni hayas creído jamás, en la pureza de relieves que, claro, tu poco «cartel» entre las hembras te impidió contemplar, permitiéndote nada más que el trato de loros (ancianas) puestas en tren de terciaria.

¿Me he explicado? Creo que sí. No obstante, acompaño también mi detalle gráfico, que contemplarás en el centro de esta carta, aun cuando las piernas deben ir debajo. ¿Verdad que es un detalle?

Y á título de comentario, me extendiendo no todo lo que quisiera— en el canapé de las consideraciones.

No se puede murmurar, querido coetáneo— sin grave riesgo de la poca parte de físico que te corresponde—; no se puede murmurar de estas deliciosas terminaciones que nos enseñan, al desdén, la señorita Mercedes del Valle y la «Gioconda» sin ir más lejos. (Sin ir más lejos de las pantorrillas, ¿eh?)

Pues ¿y de Rosita Falagán? ¿Por favor, caro Robledano, que hace falta ó no tener cara, ó tenerla muy dura, para blasfemar de estas piernecitas, de carne de anguila, limpias siempre, casi siempre moldeadas y alguna vez torneadas á roscal

Naturalmente que hay manos que parecen pies y pies que semejan barcas. Sin duda tienes la mala suerte de verlo todo por el lado feo. ¡Y menos mal si loves!...

Se ven, efectivamente, patitas como las de Ruperta Verdes que podrían tomarse— y aun darse— por las de un guardia del distrito del Centro, considerado en lugar de por el centro por las extremidades.

Pero, repito, que es preciso comprimirse. Sé yo de un compañero que hace litera-

tura barata, un medio señor Jalón, á quien las bizcarras casi lynchan en Bilbao, porque dijo que «sus pies eran embarcaciones y sus pantorrillas columnas (volantas)».

Termino, ante el temor de haber abusado de Lezama, que me ha abierto (¡oh dolor!) tribuna libre para contestarte.

Te quiere y te admira (en cuanto sea de rodillas para arriba), tu afectísimo compañero,

DEMETRIO





—Si conforme me han dibujado con esta pierna levantada es con la otra, ¡qué espectáculo, Dios mío!

Causas y efectos

«Couplet» de la Raquel Meller, música del Mtro. Orejón.

Es en extremo mañero
el gaitero,
el gaitero de Gijón;
y toca el hombre la gaita
con tan rara perfección,
que lo mismo las mocitas
que las mujeres casadas,
escuchan sus dulces sonos
embelesadas.

Y tal contento mirando,
pasa las noches enteras
la dulce gaita tocando
á casadas y solteras.

∴

Al confesar, temblorosa
y llorosa,
la medrosa Trinidad,

al sacerdote contaba
con argucia y ansiedad,
cierta historia peregrina
de amor, que todo lo abarca
y deja con torpe anhelo
su ardiente marca.

Y el sacerdote, al instante,
interrumpiendo sus preces,
le dijo: Bueno, adelante,
comprendido. ¿Cuántas veces?

Jerónimo GOMEZ

¡COMO SI NO FUERAN DE CARNE Y HUESO!



—Me estiraré las medias en este pasillo donde
no me pueden ver más que los criados.

La consigna Los maridos celosos no saben lo que inventar para defender el tesoro de la mujer propia contra las asechanzas constantes de los que estamos siempre ojo avizor para hallar la brecha por donde colarnos gratuitamente en la fortaleza sitia.



—¡Qué maliciosos son ustedes! ¿Qué pensarán que estoy haciendo?

da, procurando sorprender al enemigo y cogerlo descuidado.

La última aventura que me ha ocurrido, hace pocos días, es de las más originales. No puedo resistir la tentación de contarla, aunque omitiendo, como es natural, los nombres de los interesados: sería un ensañamiento indigno...

Y basta de preámbulo,

X. es propietario de una ganadería en tierra andaluza; pero vive en Madrid y esto le obliga á trasladarse, de cuando en cuando, á la dehesa de su propiedad á donde le llaman los toros, representantes genuinos de sus intereses.

Claro está que no le acompaña su mujercita en esas excursiones, porque sería imponerle un sacrificio exagerado tenerla entre pastores y vaqueros presenciando

faenas y operaciones desagradables unas veces y expuestas otras.

Por eso Paquita se queda en Madrid, en su hotelito del barrio de Pozas, bajo la guarda y custodia de Juan, el ayuda de cámara del marido, y á quien éste tiene en el concepto de un perro fiel y defensor de su amo.

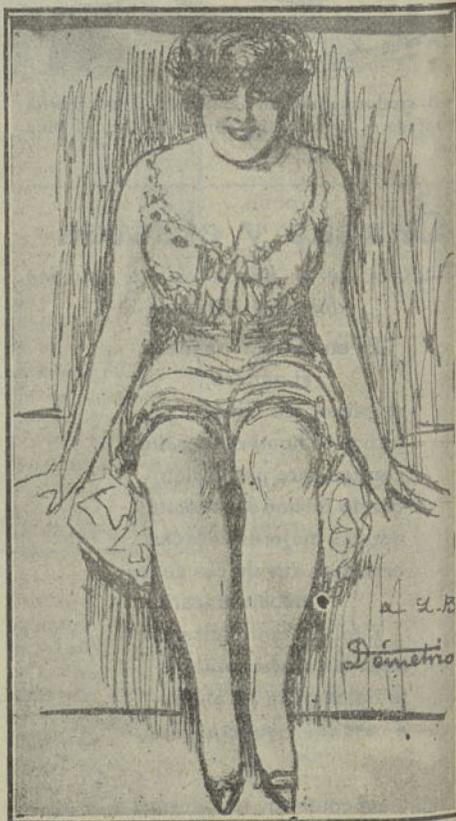
La consigna á Juan es la siguiente:

—Todas las noches, cuando la señorita, después de comer, se retire á sus habitaciones, echas la llave, Juan, á la puerta del gabinete y te acuestas con ella.

(No sea malicioso el lector; X. le recomendaba que durmiese con la llave bajo la almohada).

Y Juan, ni corto ni perezoso, cumplía el

APUNTES DEL NATURAL



La modelo (que es una ansiosa).—Procura que te salga bien este apunte, porque si no me lo tendrás que hacer otra vez.



—¿Todavía tres pisos? ¡Qué cansada estoy de hacer recados, acabaré por hacer caso al viejo!

encargo al pie de la letra, cerrando todas las noches y no abriendo la puerta del gabinete hasta el siguiente día á las once de la mañana, que era cuando Paquita necesitaba de la ayuda de su doncella.

Con esto creía cumplir y no se metía en más profundidades ni en más averiguaciones.

Podía Paquita recibir cuantas visitas le pareciesen convenientes sin que Juan se preocupase poco ni mucho de investigar quiénes eran ni qué intenciones llevaban.

Esto lo sabía yo porque á mí no se me escapa nunca ningún detalle que pueda convenir á mis intereses; y además lo sabía por el propio Juan, que, antes de ser ayuda de cámara de X., había sido corista en un teatro por horas, y duró allí toda la temporada, gracias á las recomendaciones mías.

Con todos estos antecedentes, apenas supe que X había tomado el tren para la dehesa de Córdoba, se me ocurrió ir á ver á Paquita, recordando que en más de una

ocasión, siendo yo invitado á comer en su casa, me había mirado con ojos de mujer aburrida... de su marido.

Y allá me fui con la intención... de un toro de la ganadería de su marido.

Llegué á los postres de la cena; charlamos con toda libertad, y cuando llegó el momento crítico de tomar el café, me invitó á que pasase á su gabinete donde la doncella lo había servido.

A los dos sorbos .. ¡rin! ¡ran!

—¿Qué es eso? —pregunto alarmado.

—Juan que cierra.

—Pero...

—Es la consigna de mi marido.

—Y... ¿hasta cuándo?

—¡Oh! Ya puede usted estar tranquilo, hasta mañana á las once.

Effectivamente.

Juan, cumpliendo la consigna, durmió con la llave bajo la almohada, y yo tuve



—¡Qué tontería! Dice este libro que hasta los diez y seis años no tienen las mujeres el carácter abierto, despejado. ¡Pues más despejado y más abierto que lo tengo yo!...

necesidad de pasarme allí toda la noche.
Mientras X. *operaba* tan tranquilo en la ganadería, yo me dedicaba también á otra faena idéntica: la de *tienta y cerrado*.

Clemente de CASTRO

...Y VAMOS TIRANDO

Es tuerta la bella Irene,
pero si le hablan de Justo,
dice que por darle gusto
daría el ojo que tiene.

Luis ESTESO

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas higiénicas que vende

LA MASCOTA

GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

Cuatro libros interesantes

Amor vicioso.	3,50 pesetas.
Fruta prohibida.	2 "
Los quince goces del matrimonio.	1 "
Misterios del lecho conyugal.	0,50 "

Se envían á provincias certificados los cuatro libros, por 7,50 pesetas. Al extranjero y América, se remiten certificados por 8 francos ó dos dollar.

Los pedidos con su importe, en carta certificada, únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á España y extranjero.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Lea usted el

Extraordinario de EL LIBRO POPULAR

La despedida de BOMBITA

Por DON SINCERO

20 cts.

Un comentario de DON MOBESTO